

«PAPATACHEAR»

Por RAFAEL GAMBRA

Conoci el verbo "papatachar" en mi infancia, en Andalucía. Nunca volví a oírlo después, pero me parece bastante expresivo y, en ocasiones, casi indispensable.

Se aplica a aquellos que en una reunión de gentes —un congreso, una boda— van presurosos de un grupo a otro, hablan con todo el mundo, hacen presentaciones, organizan las cosas, se multiplican, no paran... "Fulano estaba allá, *papatacheando*..." No sé si la onomatopeya del verbo procede de *pa pa* (que es un antecedente del *bla bla*, hablar incesante, inútil) o de *oapanatas*, interlocutor vóhdo del que "papatachea" en un "unimado grupo".

Estamos ahora en los momentos en que los "políticos", entrenando reuniones y cenas políticas más o menos libres, papatachean a su gusto. Vienen, van, dialogan, conversan, ironizan, se entienden, pactan, toman posiciones, suscriben fórmulas que no significan nada mientras "otra les queda", compiten en su "poder de convocatoria"... Muchos *vedettes* del papatacheo político se hicieron en el Régimen nacido del Alzamiento Nacional, dentro del cual han disfrutado de pingües y relevantes cargos, cuando no de brillantes negocios. Otros proceden de Asociaciones Nacionales (o ex nacionales) de tipo católico, cuyo pretexto era la propaganda religiosa y cuyo compromiso el no participar en la política activa. Su nombre y actuación compromete visiblemente —sabido es— a la Iglesia Católica por su antiguo matrimonio con la Acción Católica. Una y otra procedencia, por supuesto, no se excluyen entre sí.

Todos parecen felices, como niños con zapatos nuevos. Van a ser autores de la "liberación" y de la "apertura", van a hacerse perdonar, van a divertirse muchísimo con un juego largamente añorado, y van a seguir mandando. Por si fue a poco, van a tener al fin la posibilidad de brillar como estrellas o soles con luz propia en el universo político, y no, como hasta aquí, con la luz refleja de un satélite o de un planeta.

Todos están conformes en una sola cosa, muy importante: en enterrar al Régimen con todos sus Principios Fundamentales, su confesionalidad religiosa y su representación orgánica. Y, con ello, en ser ya "europeos" y votar como el primero. En lo de-

más ni están conformes, ni pueden estarlo. Porque ese "lo demás" consiste nada menos que en ser ellos los que manden. A través de mayorías siempre dóciles y renovadas, o, cuando menos, de un turno pacífico a la inglesa.

El porvenir se ofrece risueño para los nuevos políticos. El Régimen parece no tener inconveniente alguno en ser enterrado en silencio, e, incluso, manifiesta deseos de sufragar la asociación de sus enterradores. No hay otro problema que el de formar rápidamente los sistemas planetarios giratorios del nuevo universo democrático. Según su "poder de convocatoria" y su "capacidad de integración", unos se constituirán en soles, otros en satélites... otros en cometas o estrellas fugaces... Todos hablarán en nombre del Pueblo, de la Libertad y de la Democracia. Mientras tanto, convocan, cenan, papatachean y "se lo pasan bomba".

Lo malo sería —Dios no lo permita— que les salga el tiro por la culata. Que se den cuenta tarde de que "el pueblo español" no está tan "maduro políticamente" como ellos suponen, a pesar de los casi cuarenta años de maduración transcurridos. "Maduro políticamente" significa en su lenguaje "castrado espiritualmente", es decir, interesado exclusivamente en su propia promoción y bienestar económico.) Que, además, no existan ya aquellos caciques locales con los que todavía se entendía la CEDA durante la República para asegurarse los votos de la comarca a cambio de colocar a unos paisanos y de construir un puente atribuible al cacique.

Y que, puestos a votar, las gentes no voten a la "Social-Democracia" ni al "Partito Popolare", sino a *algo* muy diferente, aunque luego les pese. *Algo* en lo que, desde luego, no tienen cabida los políticos, y que quizá ponga precio a más de una de las cabezas de las tertulias.

En tal caso el "papatacheo" de los políticos se sustituiría rápidamente por el "*¡no era esto, no era esto!*" de los intelectuales. Pero más triste resultará aún para los demás, los que no jugamos a este divertido juego ni tampoco al anterior de la "Voluntad de Imperio".